

Carlos Onetti

Por
Angel Rama

era, que los hechos funcionan a todos los niveles desde no se sabe dónde, que dirige, desde dónde se sospecha o más bien, la realidad entera. "El mal y teme, al primer aviso cierto de que todo sabe se había hecho independientemente de él, de Petrus, de todos los que habían estado jugando seguros de que lo hacían por gusto y de que bastaba decir que no para que el juego cesara". Descubre, por una breve iluminación lúcida, que la única manera de salir de ese tablero, es la muerte.

Tierra de la farsa que había aceptado literalmente como un empleo, no había más que el invierno, la vejez, el no saber dónde ir, la misma posibilidad de la muerte". El estilero cuenta el esfuerzo de Larsen para jugar con esperanza, pero la baraja es preparada por Onetti con esperada crueldad: más cruel porque la revuelve lenta, tierna, apaciblemente, seguro de su triunfo que él impone desde el comienzo. Está tan tendida la trampa desde la iniciación que la prueba no es convincente y en las primeras páginas ya anuncia Onetti la destrucción de Larsen. En varias novelas de Onetti una figura femenina, muy juvenil, una carga de amor potencial, una esperanza de pureza creadora, rompan la homogeneidad destructora del cuadro y ponían un ardor rebelado. Aquí también aparece la virgen cuya presencia y significado ha obsesionado a Onetti — y antes que él a los grandes inventores de mitos — pero ahora, que se llama Angélica Inés, es una idiota de risas serviosas, una anormal. Por primera vez esa criatura — aunque previamente rebeldada — es posada y dominada la vez de la novela, su comportamiento es lo que proporcional, y tendrá que ser así. "Se la hizo imposible alegrarse su victoria, no pudo siquiera equivocarse como victoria. Se sentía apocreado, incapaz de jactancia, incrédulo".

★ Una novela simbólica

Onetti ha clausurado esa esperanza — el cuadro debe ser homogéneo — pero sin embargo ha abierto otra, sordida en su deslucida, que permite leer su novela bajo las especies simbólicas. Hay muchas pistas puestas como distractivamente por el autor, que, recomuestas, permiten entender la historia de Larsen como la historia del hombre en su mundo, y luego, como una visión delirante del mundo, que Onetti ingresa, tímidamente, a una aproximación metafísica.

El estilero llega "a convertirse en un mundo completo, infinitamente aislado e independiente", donde la decrepitud y el exterminio están sostenidos, un centímetro antes de la nada, por la "locura insidiosa" de Petrus cuya magra figura, cuya gran cabeza, cuyos ojos atunados, parecen evocar al místico, o más precisamente, al estendardo al nombre, al profeta que locha incesantemente para recomponer el mundo, para salvar. Un profeta astuto, grotesco, interesado, casi como una figura de Ghelderode, que se niega a reconocer la realidad de que no se pagan los sueldos, de que los materiales se malvendían cuando no se corrompen, de que su hija es anormal, que afirma que hoy que trabajar para "andar dar a la Junta de Acreditación, periódicamente, sin que ellos lo pidan, la seguridad de que sus intereses están firmemente custodiados". Y que, a pesar de este absurdo, consigue con unas trazas que Larsen sienta que ellas "corroborean la existencia de Dios, de la buena suerte o de la justicia respaldada pero inflexible".

En el engaño de Petrus que cree Larsen, "aceptando a disgusto el regreso de la fe, rebelándose tíbilmente contra la sensación de amparo que segregaban las espaldas encogidas del hijo", la seducción de la sirvienta Josefina y juego de Angélica Inés, no buscan eso, la seducción, sino que son acciones para una ambición más alta, la única que mueve a Larsen desde el comienzo de la novela: entrar en el cielo, tomar posesión de la casa e hacer su tradición familiar, ser el

dueño. "Larsen veía la casa como la forma vacía de su cielo ambicionado, prometido: como las puertas de una ciudad en la que deseaba entrar, definitivamente, para usar el tiempo restante en el ejercicio de venganzas sin trascendencia, de sensualidades sin vigor, de un dominio narcisista y desahogado". La novela se construye abruptamente en torno de esta ambición, y Onetti mueve a su personaje por los cuatro ambientes físicos que rodean la casa, haciéndolo seguir un orden creciente, como de círculos que se estrechan: Santa María, El Astillero, La gloria, La castilla. Cuando Petrus ya ha sido, si no vencido, porque no es posible, encerrado, Larsen encuentra abierta la puerta de la sen invitado por primera vez a casa, es invitado por primera vez a entrar en ella. Se ha cumplido su deseo. "Tratando, viéndose irrotar hacia el centro mismo de una habitación cálida, limpia y ordenada, de una oscuridad, limpia y ordenada, con orgullo y naturalidad". Pero, como podía ocurrir en El castillo, no es en esa habitación en la que entra, sino en el cuarto de una donde entra, Josefina, a emborracharse con ella y acostarse con ella, a descubrir que "cualesquier cosa que hiciera no alteraría la sensación de fraternidad, el vínculo profundo y espeso", que experimenta allí. Larsen se reencuentra entonces, en ese momento de la verdad, con su vida anterior, que la prueba que no puede al en última instancia quiere subir al cielo, a la habitación cálida soñada, que él está hecho para el oscuro tugurio de la sirvienta.

El juego ha concluido y fuera de él, ya vimos, nada queda. Larsen puede ser definido ahora como: "El signo, hecho un monón en el tope de la noche helada, tratando de no ser, de convertirse su soledad en ausencia", y ahora puede ser golpeado por unos extraños lancheros, hundido en el barro, acarreado como por la laguna Estigia, abandonado en un puerto, muerto de una neumonía una semana después. Ya había aceptado antes "la convicción de estar muerto", y todo su periplo fue el de un resucitado para los cien días de gloria y humillación, un muñeco de sangre que Onetti ha usado para una demostración.

★ Una demostración trampeada

La conclusión es rigurosa y desoladora. Es también tramposa, lo que permite invalidar la coronación del largo viaje de Onetti. A imagen suya, — Dios de escritor — compuso a Larsen, y lo puso en el mundo decrepito e hizo que se engañara y aceptara una vez más el contagio "de la calidad humana", y lo metió en la trampa y lo destruyó y sobre todo no permitió que nada quedara de su esfuerzo cumplido, por absurdo, por engañoso, por desesperado que haya sido. En cambio él, Onetti, hace el mismo recorrido, pero de su esfuerzo, que cree vano, deja un testimonio positivo: su novela, la creación del arte. Y además cree en este esfuerzo. No

Importa que diga "que la construcción era imposible y el destino desahogado, que tanto daba de la huida como el estar, que tolerando hecho, una participación dividida entre el respeto y la sensualidad eran lo que que podía ser exigido y que "venía dar", porque un definitivo él crea. Como los artistas de la vanguardia europea, su cuyo escuela se formó, y a cuyo espíritu pertenece íntegramente este libro, al punto de que podría considerarse más una fecha de los "twenties" que la actual, Onetti cree en el arte, en la expresión artística que unifica y explica el mundo, y en mérito a él, más que a la sensualidad que se ha desvanecido en El Astillero, justifica por otro lado el mundo, y justifica su vida. Así lo creía Marcel cuando recobraba el tiempo pasado y de la destrucción total rescataba el arte que no es desatención. Esta novela escrita en un momento de nuestras letras, un hecho artístico considerable; la desarticulación de su materia, la impronta esteticista con que va acumulando fragmentos desglosables, el modo creciente como se desmerece lo central y el autor describe con atención pareja cosas innecesarias para la acción ("El Chamamé", por ejemplo), se detiene en minucias y empareja todo en un monocrismo pictórico bajo un lluvioso invierno aglutinante, revelan una equivalencia cierta con la inquietud espiritual que la mueve. Analizando sus formas literarias podemos llegar a las mismas conclusiones que encontramos por el análisis de su materia.

Pocas veces, quizás ninguna, la narrativa uruguaya alcanzó tan alto nivel de afinación estética, un vigor arcaico tan profundo y austero. Y lo alcanzó con la negación más cerrada de las vidas humanas, con la tramposa demostración de que ningún esfuerzo vale: en este mundo podrido y paralizado no hay ninguna esperanza. Quiero creer que sobre esta visión desolada pesan algunas circunstancias históricas en que Onetti no fue capaz de encontrar otros estibos creadores, como la muy dura del peronismo que siento oscuramente en la raíz de El Astillero, exacerbando, comprobando, una predisposición del autor.

Agotadas por él las posibilidades combinatorias de la realidad, dentro de la urdimbre psicologista en la que se mueve como en una dolorosa trampa secreta, Onetti está buscando más altas resonancias espirituales, y su apocritismo adquiere una calidad agónica, como un auto-castigo. En este nuevo territorio podemos esperar obras que calen con más amplia comprensión en la experiencia humana, mirada "subespecie aeternitatis"; y desentrañen el destino del hombre; tal la difícil misión que debe enfrentar Onetti, justificándose y justificándose.

Porque después de esta novela sólo queda la nada. Sin rebelión, aceptada casi gustosamente. Pero entonces el arte comenzará a funcionar en el vacío, no será una nutrición profunda del alma, sino un juego también.

(1) Juan Carlos Onetti: El estilero. Buenos Aires, Compañía General Editora Financiera Editora, 1961. 218 pp. (Recomendada por el Jurado del Primer Concurso de Novela de la editorial). El volumen lleva la siguiente mención previa: Este libro está dedicado a Luis Batlle Ezcurra. Junio de 1960.